

Volumen de homenaje a Salomón Lerner Febres con motivo de la celebración de sus 70 años

# LA VERDAD NOS HACE LIBRES

Sobre las relaciones entre filosofía, derechos humanos, religión y universidad

EDITORES

Miguel Giusti

Gustavo Gutiérrez

Elizabeth Salmón

## Capítulo 9



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*La verdad nos hace libres. Sobre las relaciones entre filosofía, derechos humanos, religión y universidad*

Miguel Giusti, Gustavo Gutiérrez y Elizabeth Salmón (editores)

© Miguel Giusti, Gustavo Gutiérrez y Elizabeth Salmón, 2015

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Gisella Scheuch, sobre la base de la escultura *Logos*, de Margarita Checa, fotografiada por Alicia Benavides

Diagramación, corrección de estilo y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2015

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-08108

ISBN: 978-612-317-114-8

Registro del Proyecto Editorial: 31501361500583

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## DISCRIMINACIÓN Y DEMOCRACIA

Cecilia Tovar Samanez, Instituto Bartolomé de las Casas

*[...] estas dos décadas de destrucción y muerte no habrían sido posibles sin el profundo desprecio a la población más desposeída del país, evidenciado por miembros del PCP-Sendero Luminoso y agentes del Estado por igual, ese desprecio que se encuentra entretelado en cada momento de la vida cotidiana de los peruanos*

Salomón Lerner Febres

El estremecedor discurso de Salomón Lerner al entregar el *Informe final* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) contiene no solo esta frase, sino muchas otras que denuncian esta llaga de nuestra sociedad peruana y sus dramáticas expresiones en el tiempo de la violencia. Es imposible leerlo, aun hoy tras más de una década, sin que se nos remuevan las entrañas ante el sufrimiento de los humildes, y sin horrorizarnos ante las lógicas de muerte que lo provocaron, o indignarnos ante la indiferencia o la ineptitud de quienes pudieron evitarlo y no lo hicieron. Porque esos «otros» pobres, indígenas, no importan, pudieron desaparecer por miles, ser masacrados y torturados, sin que eso constituya un escándalo.

Lerner afirma que esta tragedia es obra de seres humanos, padecida por seres humanos, postulado ético y democrático fundamental de la igualdad que, sin embargo, no parece vigente en nuestro país. En efecto, esos «otros» son considerados casi como un tipo diferente de seres (¿humanos?).

Como cuenta Kimberly Theidon:

Cuando acababa de llegar al Perú, visité varias ONG para presentarme y aprender más sobre sus actividades. Fue gracias a un director de una ONG limeña que recibí mi primera charla sobre «cómo *ellos* no sufren». Cuando le expliqué que iba a trabajar el impacto de la violencia política en la población campesina de Ayacucho, comenzó a hablar en un tono reservado para los niños y los gringos: «Señorita, lo que usted necesita entender es que *ellos* ya han olvidado todo lo que pasó.

Mira. *Nosotros* somos capaces de pensamiento abstracto, es por eso que hemos sufrido tanto. Pero *ellos* piensan solo de una manera muy concreta: solamente piensan en su pan del día y en sus animales. No piensan más allá. Es por eso que no han sufrido como *nosotros*; no son capaces (2004, pp. 52-53).

Por increíble que suene esta frase, estoy segura de que muchos de nosotros hemos escuchado expresiones parecidas: «*ellos* están acostumbrados» o «así viven *ellos*», refiriéndose a condiciones inhumanas de vida o a bajísimas retribuciones por su trabajo, que nosotros no soportaríamos. El hecho de que este menosprecio no terminó con el fin del conflicto armado interno tuvo una dolorosa prueba en Bagua, o en el asesinato de cuatro líderes nativos de Saweto. También el drama anual del friaje en el sur andino refleja esa indiferencia ante la suerte de los humildes, que hace tiempo debería ser materia de una agresiva política pública, en lugar del ritual de las donaciones de frazadas y ropa usada, ya que se trata de condiciones de vida, permanentes y previsibles, de compatriotas que sufren.

Los años de violencia revelaron la profundidad de estas brechas que separan a los peruanos, y que aún hoy persisten y constituyen un gran desafío que tenemos por delante. Cabe preguntarse qué clase de comunidad política podemos tener sobre estas bases. La democracia está minada si no rellena estas brechas. *La manera de pensar y sentir de las amplias mayorías de nuestra población no parece ser entendida* desde las élites políticas o sociales. Si queremos evitar nuevos brotes de violencia y construir una democracia realmente representativa, participativa e incluyente, es fundamental que el punto de vista de los sectores populares sea comprendido —y no estereotipado de manera peyorativa, como sucede muchas veces, con expresiones sumamente impactantes<sup>1</sup>—, y que sus demandas y aspiraciones sean recogidas de verdad.

En la búsqueda de contribuir a enfrentar este desafío a la luz del trabajo de la CVR, se realizaron, desde el Instituto Bartolomé de las Casas, dos investigaciones cualitativas, a través de Grupos Focales, sobre cómo estas brechas son vividas por los peruanos, sobre todo por los menos favorecidos<sup>2</sup>. Creemos que dichos estudios son de interés actualmente.

---

<sup>1</sup> Algunos ejemplos de estas expresiones son referirse al «electorado» para descalificar opciones electorales asumidas por la población, o decir que no se consultan ciertos temas con «llamas y vicuñas», o sostener que la falta de oxígeno en las zonas andinas explica las conductas consideradas erróneas por algún tecnócrata. Estas expresiones no solo denotan un racismo que descalifica a sus autores para toda pretensión de jugar un rol en la política, sino que muestran una ceguera suicida —que lamentablemente caracteriza a las élites peruanas— sobre lo que supone construir un país viable.

<sup>2</sup> La primera investigación se realizó tanto en Lima (en diversos distritos, en especial San Juan de Lurigancho, en sectores socioeconómicos C y D) como en las provincias donde más había impactado la violencia (Huancavelica, Huancayo, Pucallpa, Puno, Ayaviri, Juli, Sicuani y Huacho, del sector bajo típico), con hombres y mujeres entre 25 y 50 años de edad, y sus resultados fueron materia de una

## 1.

Desde la *primera investigación*, quedó verificado que «[c]uanto más pobre el participante, mayores posibilidades de haber sido tocado personalmente por los años de violencia» (Informe Lima, en Jara y otros, 2007, p. 9).

Todos consideran que las principales víctimas del proceso de violencia son precisamente los más indefensos, la gente pobre del campo, que pasaron sus últimos días en total abandono por parte del gobierno, sin comunicación, sin protección y sin control. En todos los grupos se percibe una marcada decepción ante la exclusión e indiferencia que permitió las miles de muertes en su entorno cercano. De acuerdo al razonamiento encontrado, es precisamente la composición de las víctimas lo que habría permitido que se llegara a un número tan elevado de víctimas. Poblados alejados, olvidados por el gobierno fueron presas fáciles [...] (2007, p. 30).

Estas apreciaciones se ven reflejadas en los siguientes testimonios:

[...] —C: ¿Para ustedes quiénes fueron las principales víctimas de estos años?

—Los campesinos, [...] la gente que no ha tenido educación, [...] la gente humilde, la gente campesina [Mujer, 25-50 años de edad, nivel socioeconómico bajo típico, Juli].

—No se podía vivir tranquilo, uno vivía corrido, venía la subversión y te hacía correr, si iban las fuerzas armadas también había que esconderse, o sea no había tranquilidad, porque por una parte la subversión que venía y te amenazaba, las fuerzas armadas se iban e igualito tenías que esconderte. [...] Yo en ese tiempo que había terrorismo yo lo he vivido, en ese tiempo yo tenía 19 años y decía viene la subversión, me lleva, me lleva el ejército, así yo viví eso. [...] En Pucallpa no se sintió el terrorismo en cuanto a ataques a la localidad, aquí en la ciudad muy poco, donde sí ha afectado es en las zonas urbano-marginales, en la zona de Aguaytía, porque era una zona totalmente cocalera, entraban los terrucos a cobrar cupos y la misma población totalmente aturdida por eso se sometía, venía la policía y los sometía también porque decía que ellos eran coccaleros, normalmente las zonas periféricas del país son las que más han sufrido [...] [Hombre, 25-50 años de edad, nivel socioeconómico bajo típico, Pucallpa].

---

publicación (Peñaflor & Jara, 2009). La segunda investigación fue hecha en 2008, en sectores socioeconómicos D y E, tanto en Lima (San Juan de Lurigancho y Villa María del Triunfo) como en las regiones de Huánuco, Huancayo, Huancavelica, Pucallpa, Ayacucho, Puno, Ayaviri, Juli, Andahuaylas y Sicuani. Sus resultados fueron también publicados (Jara y otros, 2007).

Muchas son las dolorosas experiencias vividas por estos peruanos. También es grande el horror que se abatió sobre ellos y que exige reparación:

[...] —C: ¿A ti por ejemplo, Luz, cómo te ha afectado?

—Yo, mi caso, soy producto de repente del terrorismo, soy viuda, tengo cinco hijos, vivía en la provincia de Churcampa, y ha sido la zona más afectada porque es el límite principal entre el departamento de Ayacucho y Huancavelica. Y en verdad ya no podíamos siquiera dormir en nuestras casas, dormíamos en el campo o en alguna cueva. De día regresábamos a nuestras casas.

—C: ¿Con tus hijos?

—Sí, con mis hijos. Mis hijos se han quedado muy pequeñitos. [...] Mi esposo era el director de un colegio, el primer colegio que se formó en la provincia de Churcampa, entonces vinieron el ejército, tomaron el colegio con una base, entonces lo han desocupado el colegio, entonces ya no funciona una escuela, entonces los militares agarraron a mi esposo, lo llevaron a la base y lo tuvieron ahí detenido, en dos, tres oportunidades. Luego de no contar de repente con antecedentes, lo han soltado. Hemos solicitado el cambio, nos vinimos a Huancayo y en Huancayo es que lo han matado. Por lo que era secretario del SUTEP [Sindicato Único de Trabajadores de la Educación del Perú] [...] [Mujer, 25-50 años de edad, nivel socioeconómico bajo típico, Huancavelica].

[...] —C: ¿A ti cómo te afectó esa época?

—Esa época para mí era prácticamente un infierno. Yo en ciertos lugares donde veía esas cosas, donde corría la sangre, señorita, yo lamentaba mi vida, decía para qué he nacido, para ver estas cosas.

—C: ¿Como una decepción?

—Como una decepción prácticamente era, decía cómo es esto, cómo a mi prójimo, cómo pueden matar así. Señorita, yo he visto en mi tierra en Ñuñoa. Señorita, yo he visto en esa época cómo a un señor alcalde, un señor alcalde que era de edad de 70 años, un caballero, prácticamente le mataron en la plaza misma como cualquier perro y 4 días ha estado botado [...] [Hombre, 25-50 años, nivel socioeconómico bajo típico, Ayaviri].

En los testimonios resalta la condición de olvidados y excluidos, que en gran medida sigue presente y marca las maneras de pensar y sentir de los entrevistados. Llama la atención *la profundidad de las brechas sociales*. Aparece en los *focus groups* una contraposición a veces muy tajante entre un nosotros, los pobres, los de raza indígena, negra o mestiza y «los otros», los que tienen riqueza o poder, generalmente blancos. Aunque es frecuente esta manera de construir la identidad por oposición,

debe preocupar la hondura de la brecha. La exclusión presenta aquí otra cara, que podríamos llamar un *apartheid* social, y su reverso, el sentimiento de una casi total «ajenidad». Así como los sectores privilegiados consideran en la práctica ajenos a aquellos sectores que fueron las víctimas principales de la violencia, estos, a su vez, tienen conciencia de haber sido tratados «como si fueran ajenos», como dice literalmente uno de los afectados, en un testimonio recogido en video por la CVR. Si en los centros de poder social, económico, político, no importó la suerte de esas personas que sufrían en lugares lejanos, no solo geográfica sino afectivamente, es porque no eran sentidos como propios, como peruanos iguales en derechos —como sí lo han sido, por ejemplo, las víctimas del terremoto de Ica, merecedoras de una inmensa y loable movilización solidaria (Jara y otros, 2007, p. 13)—.

[...] —C: ¿Y qué se debería hacer para que todos seamos tratados por igual, para lograr un mejor trato entre los peruanos?

—Ser unidos y reclamar, así como hacer huelgas. [...] Con marchas, huelgas. [...] Organizándose pacíficamente.

—C: ¿De qué manera creen ustedes que los peruanos podemos recibir el mismo trato todos por igual?

—Creo que nunca vamos a recibir trato por igual [...] [Mujer, 25-50 años, nivel socioeconómico bajo típico, Juli].

Ya entonces señalábamos un rasgo muy preocupante, aunque justificado en gran parte: la gran *desconfianza* frente a las instituciones, sean estas el gobierno central, el poder judicial o las autoridades en general, que son consideradas no solo sordas e indiferentes, sino corruptas y favorables a los poderosos. El Estado tiene deberes incumplidos reiteradamente con esta población, a la que no ha sido capaz de brindar condiciones mínimas para una vida digna, empezando por la más elemental, que es protegerla frente a los ataques criminales o garantizar sus derechos fundamentales, por no mencionar la atención de la salud y de la educación, de infraestructura y apoyo a los emprendimientos productivos. Los pobres se saben librados a su propia suerte, abandonados por un Estado lejano cuyas decisiones no los toman en cuenta. Si sobreviven, es básicamente por sus propios esfuerzos y a un costo humano altísimo. La falencia de las instituciones se aprecia aquí en toda su crudeza. La necesidad de un Estado reformado y eficiente y de construir instituciones sólidas es, por eso, urgente, como bien lo señaló la CVR (2007, p. 11).

2.

Por eso decidimos centrar nuestra *segunda investigación cualitativa* en el tema de la discriminación. Los hallazgos confirmaron lo encontrado en la primera tanto en lo referente a las brechas sociales como en lo concerniente a la desconfianza, tan grande que dificulta mucho asociarse, incluso al nivel de la familia:

—C: ¿Ustedes cómo creen que es más fácil salir adelante, por uno mismo, uno solo o juntándose con otras personas para salir adelante? ¿Tú que dices, Manuel?

—*Yo creo grupal, pero hoy en día es difícil.*

—C: ¿Por qué?

—Cada uno, yo quiero vender mi salchipapa en mi casa, pero hay un vivo [...] uno puede decir ahorita sí, pero a la hora de la hora no.

—C: Mucha tentación.

—*Ni entre hermanos se puede* [hombres, Pucallpa].

Se plantearon también otras facetas del problema y retomamos aquí algunos temas (véase Informe IMASEN, en Peñaflores & Jara, 2009). Una primera observación es la referente a *cómo se vive el ser peruanos*. Como introducción a las dinámicas de grupo, se les presentó a los asistentes un listado de palabras y se les pidió que escogieran aquellas que usarían para describirse. Una de esas palabras era peruano y varios la escogieron. En las respuestas se percibe una ambivalencia de sentimientos, pues afirman sentirse orgullosos de ser peruanos, pero al mismo tiempo sienten que en el país hay corrupción y discriminación.

—C: ¿Qué significa ser peruano para ustedes?

—Ser peruano es un orgullo porque aquí es donde hemos nacido, crecido, desarrollado; y la única diferencia con las grandes autoridades es el medio económico, si es que lo tuviéramos seríamos como ellos [Hombres, Puno].

[...]

—C: ¿Ustedes creen que todos los peruanos se sienten parte del Perú?

—Bueno, no tanto. Por ejemplo, yo escucho cuando estoy en mis viajes a la capital y no hay nacionalismo. *Yo lamento a veces ser peruano, porque uno se siente impotente.* Yo voy acá nomás a Chile, me pregunto cómo sería y ellos ya están mejor. Me voy hasta la historia cuando vino Pizarro a traer todas las cosas malas. ¿Por qué no vino un chino o un inglés? ¡Pero no, vino un pastor de chanchos! Y nos han dejado en este estado, *un país con mucho egoísmo y corrupción.* Los políticos que van, solo van a robar. Los que están en el gobierno, los ministros y congresistas, los que están en las altas esferas, *todos están robando* [hombres, Ayaviri].



Por eso la imagen que se tiene del *ser peruano* es negativa; está muy presente la idea de que el Perú es un país de grandes riquezas, pero que los peruanos no sabemos aprovecharlas. En otras palabras, lo valioso del país son sus recursos naturales, pero frecuentemente lo que no se considera valioso es su población<sup>3</sup>. La pobreza, de la que se habla en muchas ocasiones como si se tratara de algo que afecta a otros, porque se trata en realidad de un estigma, contrasta con la idea de un país rico, de un país que tiene muchos recursos con los cuales salir adelante. Los cuestionamientos sobre por qué existe tanta pobreza en el país llevan a que se mencionen dos causas: la incapacidad de las autoridades y la incapacidad de la población peruana.

—C: ¿Cómo somos los peruanos? ¿Cómo dirían ustedes?

—Yo diría que el peruano es un poco *envidioso*.

—Pero en otro país al peruano nos tienen envidia, nos dicen que estamos sentados en un trono, en elefante blanco.

—En un banco de oro.

—A veces al Perú *no sabemos explotarlo*.

—C: Pero en términos generales, si nosotros dijéramos, ¿cuál es la principal cualidad del peruano? ¿Qué tenemos de bueno los peruanos?

—*Tenemos las riquezas* [mujeres, nivel socioeconómico marginal, Lima].

El que nos sintamos poco orgullosos tiene que ver con la existencia de estereotipos negativos en torno a lo que nos caracteriza como peruanos. Una de las ideas que aparece de forma reiterada es que el peruano es ocioso. Aunque, en realidad, ello encubriría la idea de que el peruano *pobre* es ocioso. Para contrarrestar eso, muchos de los consultados remarcan ser trabajadores.

—C: Les voy a decir una frase y deben completarla con lo que ustedes piensan: «Ser pobre es...»

—Triste.

—Doloroso.

—*Muy feo*.

—*Ocioso*.

—Algunas personas nos tachan por eso, pero las personas de Puno *somos bien trabajadores* [mujeres, Juli].

---

<sup>3</sup> Esta idea se encuentra también en un estudio cualitativo con jóvenes universitarios realizado en 2011.

Los cuestionamientos al ser peruano suponen a veces la existencia de una crítica subyacente a nuestra *raza*. Da la impresión de que no existe satisfacción ni con la parte indígena ni con la parte blanca y existe una imagen negativa de lo indígena, que se considera consecuencia del proceso de colonización. Esto ocurre porque el centro de la discriminación, aunque no siempre se explicita de esa forma, es la oposición blanco/indígena. Indio y cholo son palabras que ofenden, pues son usadas como sinónimos de ignorancia, suciedad, fealdad, primitivismo.

La *diversidad* existente en el país no es percibida como una riqueza, sino como un problema, incluso un lastre. Toda mención de diversidad o de lo que nos diferencia remite inmediatamente a la *discriminación, al racismo y, de allí, a la exclusión*. En efecto, el identificarse como peruano implica asumir una compleja red de valoraciones estamentales. La tendencia a tratar como si fuera inferior a aquel que proviene de otra parte del país —especialmente si es de la Sierra, si es pobre (lo cual puede significar solo más pobre que uno), si tiene menor grado de instrucción o si es indio o cholo— está fuertemente arraigada, forma parte del modo en que nos relacionamos los peruanos. La discriminación se da todos los días y tiene múltiples actores que a veces cambian de lugar. El que se siente discriminado en un momento puede ser discriminador al momento siguiente.

—C: ¿Todos los peruanos son iguales o hay diferencia? ¿Por qué? ¿En qué se nota esa diferencia?

—Hay discriminación, *te discrimina la gente que tiene más*.

—*A la gente pobre*.

—También te discriminan *por el color*.

—Discriminan *a la gente de pueblos jóvenes*.

—Por sus *profesiones y por el distrito donde viven* [Mujeres, nivel socioeconómico bajo inferior, Lima].

[...]

—C: ¿Ustedes alguna vez se han sentido discriminados?

—*El que dice que no, es mentiroso* [hombres, nivel socioeconómico bajo inferior, Lima].

Desde estas perspectivas, ser peruano supondría vivir en un país donde predomina la discriminación, donde las personas no tienen las mismas oportunidades, donde la gente no puede hacer valer sus derechos. Esta visión crítica frente al país y los sentimientos que esta despierta (cólera, impotencia) aparecen como mucho más

fuertes que los elementos que llevan a identificarse como peruano, más aún como un peruano orgulloso de su país.

Parte de las diferencias en el trato tienen que ver con que algunos peruanos tienen la posibilidad de ser escuchados, mientras que otros *no son tomados en cuenta*. Los consultados tienden a ubicarse en este segundo grupo.

—C: Para ustedes, ¿qué significa no ser tomado en cuenta?

—*No ser considerado como persona humana, uno se siente como un objeto que no tiene valor.*

—Coincido con las palabras, con el señor que me antecedió al uso de la palabra, uno no es considerado como un ente de nuestra sociedad humana [hombres, Ayacucho].

[...]

—Es cierto pues señorita, pues *el gobierno más gobierna para los ricos* que para los otros. *Los sueldos, nos pagan poquito*, no alcanzan, acá en Puno el pago es poco para todo.

—C: ¿Cómo se sienten las personas cuando no son tomadas en cuenta?

—Olvidadas.

—A la suerte estamos, corriendo.

—Como quien dice, o sea *nos dejan a cada uno por su cuenta* [hombres, Ayaviri].

Obviamente, el sentirse permanentemente olvidados, dejados de lado frente a la posibilidad de progresar que tienen otros, genera *pena o tristeza, cuando no rabia* (no debería olvidarse que estudios psicológicos demuestran que la cólera es una forma de procesar la pena). Cualquier ineficiencia del Estado es percibida como una discriminación, razón por la cual se justifica totalmente, desde su punto de vista, una reacción violenta.

*Ser peruano significaría vivir en un país poco equitativo*. Las diferencias entre el nivel de vida al que pueden acceder las personas que tienen recursos y al que pueden acceder los pobres van en aumento, aunque en los últimos años los niveles de pobreza hayan bajado. En los testimonios de los consultados aparece de forma espontánea la oposición *empresario/pueblo, empresas/pobres*.

*Entre peruanos mismos nos explotamos*, marginamos a la clase pobre. Los empresarios dan trabajo a los pobres y no son justos con el sueldo, pasan las horas 12 o 15 horas para un sueldo de 130 por semana y esa plata solo alcanza para comer y pasajes [hombres, Huánuco].

Es en este contexto que un discurso pro-empresarial no es leído como un discurso a favor de la creación de puestos de trabajo, sino como un reconocimiento de las ventajas que el sistema le ofrece a los que tienen, a los ricos. Por ello *se requiere que la pobreza esté en el discurso de los políticos*. Desaparecer de este espacio es entendido como un anuncio de que las cosas van a empeorar. No se percibe que el crecimiento económico haya mejorado la situación en las zonas rurales, ni que disminuya la desigualdad.

—C: ¿Alguien que es discriminado puede sobresalir económicamente?

—No creo, para sobresalir una persona *tendría que tener trabajo*, negocio. Pero hay personas que no tenemos ni plata, ¿de dónde vamos a sobresalir adelante? No creo, siempre vamos a ser bajos recursos, *siempre vamos a ser pobres*.

—*El Perú pone trabas, al contrario nos está matando*.

—Hoy en día *los ricos son más ricos cada vez y los pobres somos más pobres cada vez* [hombres, Juli].

El peruano pobre *es discriminado incluso por las entidades públicas*, aquellas que teóricamente deberían ayudarlo a superar la situación en la que se encuentra. En el ámbito público, queda claro que las personas mencionan diferencias abismales entre la forma como son atendidos en las instituciones del Estado quienes cuentan con recursos económicos y la desatención que reciben los que no cuentan con recursos económicos o no pertenecen a los partidos de gobierno. El Poder Judicial, las comisarías, los hospitales y las escuelas serían lugares donde se maltrata a las personas de menores recursos de forma permanente. El que los servicios públicos tengan las características mencionadas tiene que ver con la incapacidad de la clase dirigente para enfrentar la realidad en la que viven muchos de nuestros compatriotas y constituye un agravio reiterado a su dignidad ciudadana.

Cuando yo era pequeña *yo no hablaba español*, cuando estaba en la escuela mi vida *ha sido triste* porque la profesora explicaba en español y no entendía, solo miraba a la pizarra y no podía entender. Mis compañeras también me trataban mal y por eso aprendí a pelear con ellas; también me quitaban mis cuadernos o mis lapiceros porque no sabía hablar español. La profesora también me discriminaba porque no cumplía con las tareas porque no entendía. *Por esa razón yo a mi hijo le enseñé hablar español* [mujeres, Juli].

[...]

Lo peor es que *no somos verdaderos peruanos*, porque hay diferentes razas y hay extranjeros. Por ejemplo, los españoles trajeron a todos, a todos. Desde Pizarro, ¿no? Desastre estamos [...]. Pero como no hay ningún gobernante que pueda gobernar para los pueblos indígenas, ¡no hay! Por eso necesitamos un cambio

de gobierno, *alguien que gobierne para el pueblo pero no hay*. Por eso estamos engañados, hay discriminación, no hay salud. Así nos dicen, que no hay hospitales, y así pues, por eso me siento triste, los hospitales están ahí por gusto. *Como animales nos tratan* [hombres, Ayaviri].

Sin embargo, también se constata que la discriminación está disminuyendo.

—C: ¿Creen que la discriminación está aumentando o disminuyendo?

—Creo que está disminuyendo.

—Yo creo que *la discriminación está disminuyendo gracias a que la educación está aumentando*, porque antes había discriminación para las personas que eran analfabetas pero ahora con la educación ya pueden estudiar [hombres, Huánuco].

Un elemento de avance es el que la discriminación ya no es aceptada pasivamente, sino que es percibida como una situación negativa, como un conjunto de comportamientos o situaciones que no debería darse entre los seres humanos en la medida en que todos somos iguales.

—C: ¿Quiénes son los que más discriminan?

—La gente que tiene dinero.

—*La gente que no tiene educación*.

—Porque hay gente de plata que no discrimina, hay de todo.

—*Gente ignorante* que no tiene cultura, le llega todo.

—*Gente ignorante, si todos somos iguales* [mujeres, nivel socioeconómico bajo inferior, Lima].

## CONCLUSIÓN

Hay que subrayar la dureza y radicalidad del *sentimiento de exclusión* en los sectores D y E (pobres y pobres extremos). La aguda percepción de no ser tomados en cuenta, ni escuchados y la convicción de que se gobierna «para los ricos» se suman a la permanente experiencia de discriminación y maltrato por parte de las instituciones del Estado, así como por parte de la clase alta e incluso de sus propios vecinos y familiares. Estas personas no se sienten parte de un «nosotros» nacional y distinguen «nosotros» de «ellos» (como, por lo demás, lo hacen los sectores pudientes).

Este es un reto para la construcción de una comunidad política y requiere respuestas a nivel de políticas públicas. Hay que exigir al Estado que cumpla su función. Es necesario implementar políticas de educación, salud y seguridad que respondan a las necesidades de estos sectores, en las que se priorice la creación de trabajo digno.

En ese sentido, son positivas las ordenanzas antidiscriminación de gobiernos locales y regionales. Se necesitan, asimismo, normas de buen trato en escuelas y establecimientos de salud y en las demás dependencias del Estado. A su vez, hay que presionar para que el Estado dialogue con estos sectores y los tome en cuenta para las decisiones. Por ejemplo, el caso de los nativos sería emblemático. Un «nosotros» nacional solo existirá cuando haya un reconocimiento de todos y todas como ciudadanos iguales.

Hay que prestar atención a la *rabia y cólera* que sienten los humildes, la cual es una manera de procesar la *pena y el sufrimiento*. El «outsider» puede expresar esa cólera, como antes Sendero Luminoso, y también el desborde violento de las protestas. La bronca puede llevar también a un «todo vale»: el contrabando, el circuito de la droga, la minería informal buscan aprovecharse de cualquier situación o también se busca tomar la justicia con las propias manos.

Tenemos que saber expresar la indignación justificada ante la injusticia y el atropello, la cual haga eco de los sentimientos de los excluidos y apoye su legítima protesta. Hay que fortalecer canales institucionales que atiendan oportuna y eficazmente los reclamos dentro de los cauces democráticos (y éticos). Esta es la única manera de reforzar la legitimidad de las instituciones democráticas. También es fundamental promover la reflexión sobre las consecuencias negativas del uso irresponsable de la violencia y tener en cuenta la presencia de sectores muy radicalizados y violentistas así como la posibilidad de desbordes.

Los pobres y pobres extremos que participaron en los *focus groups expresan una voluntad decidida de salir de la pobreza*. Cuando se les pregunta si es cierta la frase «en el Perú quien nace pobre muere pobre», la niegan enfáticamente y afirman que es posible salir de la pobreza mediante el propio esfuerzo, con educación, trabajo y sacrificio. Si ello no es posible en esta generación, sí lo será para sus hijos; se aferran a esa esperanza. El otro lado de la medalla es que asumen como su *culpa o fracaso* el ser pobres y no quieren identificarse como tales, pues existe el estereotipo de que el que es pobre es ocioso. Todo esto significaría que el discurso neoliberal ha penetrado en los sectores urbanos, mientras que en los sectores rurales permanece el estigma tradicional de la pobreza como ociosidad. Al profundizar la reflexión, vislumbran que el Estado no los apoya ni les ofrece oportunidades y que, por tanto, habría causas estructurales de la pobreza.

Es necesario valorar y alentar el esfuerzo por salir de la pobreza y no resignarse a ella, así como apoyar iniciativas económicas productivas o de otro tipo. Asimismo, se debe ayudar a conocer mejor y combatir las causas de la pobreza, los factores estructurales, la falta de oportunidades; e insistir en las obligaciones del Estado para con la población y con respecto a los derechos económicos y sociales: trabajo digno y salarios suficientes, seguridad, educación y salud. A su vez, se debe mantener presente en el discurso y la agenda política el tema de la pobreza y exclusión.

*La desconfianza* extrema es uno de los rasgos más presentes y preocupantes, porque corroe el tejido social e imposibilita iniciativas conjuntas y el organizarse. Como consecuencia del grado de abandono y maltrato, los pobres desconfían de las autoridades, de las instituciones, de las personas de otros estratos sociales y de sus mismos vecinos. No creen en nadie y cualquier hecho es interpretado como una verificación de su desconfianza; el juicio puede ser lapidario («L... se desinfectaba la mano después de dársela a la gente»).

Ante esto, se requiere fomentar y valorar las experiencias positivas de las relaciones en las que hay confianza; resaltar los beneficios que se han logrado a través de la organización y contribuir a superar estilos y hábitos que disuaden a la gente de participar. Además, se necesita tener una relación horizontal, franca, de respeto, con la población, en la que se los considere actores y sujetos en los procesos y se valoren sus capacidades, opiniones y aspiraciones, y se promueva el diálogo. Se debe exigir a las autoridades transparencia en su gestión y rendición de cuentas a la población, así como canales de diálogo y respuestas eficaces a los problemas y necesidades. Es fundamental brindar un testimonio ético y de coherencia personal, de voluntad de servicio, de manejo transparente de recursos y, finalmente, de estilo de vida sencillo.

Al mismo tiempo, hay una incipiente *conciencia de derechos*, aunque relativizada por la evidencia de la dificultad inmensa de hacerlos respetar, por la poca atención de las autoridades y por la prepotencia de los poderosos. Se pide, por ejemplo, que la atención en las dependencias del Estado respete el orden de llegada. También hay un rechazo de la discriminación, atribuyéndola a la «ignorancia» o a la «falta de educación», lo cual es un avance. En relación con el trabajo doméstico, hay un reclamo de «comer en la misma mesa» que era impensable hace pocos lustros. Es decir, hay una demanda de trato horizontal e igualitario. Por otra parte, al no ser tratados como ciudadanos, no hay una suficiente conciencia de ciudadanía ni del derecho y deber de participar. Hay que reforzar la conciencia de derechos, de ser ciudadanos y ciudadanas (las elecciones son una oportunidad para ello), así como alentar y compartir experiencias de participación ciudadana.

La construcción de una ciudadanía plena para todos los peruanos y peruanas es un horizonte ineludible, como bien lo planteó la CVR. Pero esto requiere no tanto normas jurídicas, que ya existen, sino políticas públicas efectivas y, sobre todo, un cambio cultural profundo en el país que destierre el racismo y la discriminación. Es innegable que hemos avanzado mucho en este último medio siglo en cuanto a conciencia de derechos, democratización social y política y cambios sociales importantes, pero la profundidad de la exclusión que aún existe, y la urgencia de superarla, debe pasar al primer plano de la agenda nacional. Ojalá no volvamos a postergarla, como tantas otras veces en nuestra historia (véase Tovar, «Presentación», en Jara y otros, 2007).

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Jara, Lupe y otros (2007). *Representaciones populares y reconciliación. Estudio sobre grupos focales*. Lima: IBC-CEP [el libro contiene un disco compacto con las conclusiones de la investigación cualitativa: IMASEN, Informe Final *focus groups*, en Lima y provincias, realizados en noviembre de 2005].
- Peñaflor, Giovanna & Lupe Jara (2009). *Representaciones populares en torno a la discriminación. Estudio cualitativo de IMASEN*. Lima: IBC-CEP.
- Theidon, Kimberly (2004). *Entre prójimos. El conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú*. Lima: IEP.